



## RESEÑAS

**Fredrik Barth, Robert Parkin, Sydel Silverman, Andre Gingrich. *Una Disciplina, Cuatro Caminos. Antropología Británica, Alemana, Francesa y Estadounidense*. Prometeo, Buenos Aires, 2012, 476p.**

**Diego Villar\***

\* CONICET villardieg@gmail.com

Recibido 19 de diciembre de 2015, aceptado para su publicación 12 de febrero de 2016.



Los trabajos publicados en esta revista están bajo la licencia Creative Commons Atribución - No Comercial 2.5 Argentina.

Este libro ofrece una buena introducción a las cuatro tradiciones académicas más importantes de la historia de la antropología. Se trata de la compilación de una serie de conferencias dictadas en el prestigioso Instituto Max Planck por especialistas de la talla de Fredrik Barth, Robert Parkin, Andre Gingrich y Sydel Silverman. La idea de las comunicaciones no era sólo recapitular de forma sintética la historia de estas escuelas, sino a la vez considerar sus trayectorias institucionales, su impacto recíproco y su potencial futuro. Ahora bien, para evaluar integralmente el libro es imprescindible diferenciar, por un lado, el contenido de la obra y, por el otro, las características singulares de esta nueva edición en castellano.

En líneas generales, el contenido es irreprochable. En la primera parte Fredrik Barth desarrolla la historia de la antropología británica. Basado en el canon historiográfico de George Stocking, describe los vínculos entre el evolucionismo y la tesis de la unidad psíquica de la humanidad; la famosa expedición al Estrecho de Torres en 1898 y sus aportes a la metodología antropológica (en particular el método genealógico de W. H. Rivers); el notorio peso institucional de universidades como Oxford, Cambridge y Londres; la consagración del trabajo de campo intensivo en la obra de Bronislaw Malinowski y la posterior institucionalización de la disciplina en tiempos de Radcliffe-Brown, Firth, Fortes o Evans-Pritchard; la “era dorada” de 1945-1970 y, finalmente, algunas de las propuestas más recientes: Jack Goody, Ernest Gellner, Marilyn Strathern. La simpatía de Barth por Leach es tan notoria como su antipatía por Evans-Pritchard. De acuerdo con sus propias posiciones, de hecho, Barth privilegia el análisis de un linaje académico que podría remontarse desde Malinowski hasta él mismo, pasando por Raymond Firth y por ciertos momentos de Leach, que privilegia las racionalidades y estrategias de los actores

individuales a la hora de entender la acción social. Hay, sin duda, puntos altos: la deconstrucción de la fatigada acusación de colonialismo en la antropología británica, la discusión desapasionada de los diarios de Malinowski, la conciencia de los avances paralelos de la metodología etnológica a finales del siglo XIX con Boas en los Estados Unidos o Vladimir Bogoraz en Rusia. También hay aristas más discutibles, como la presunta “trivialidad” de Frazer. En conjunto, no obstante, queda la sensación de que este balance de Barth no está a la altura de otras historias disciplinares como las de Adam Kuper (*Anthropology and Anthropologists. The Modern British School*) o Jack Goody (*The Expansive Moment: Anthropology in Britain and Africa 1918-1970*).

En la segunda parte del libro, Andre Gingrich examina la antropología de los “países germanoparlantes” y procura ir más allá del contexto alemán dando cuenta de la situación contemporánea en Austria, Suiza o la actual República Checa. En su argumentación sobresalen dos cuestiones. La primera es la desconfianza en la oposición (*à la Elias*) entre el legado racionalista, ilustrado y universal de las teorías de la “civilización”, de raigambre francesa, y por otra parte las teorías germánicas de la *Kultur*, nítidamente románticas, relativistas y nacionalistas. La segunda es el problema del nazismo como hito disciplinar y grilla de interpretación histórica, que supone cierto sesgo en el rastreo de precursores, protagonistas y secuelas -así, por ejemplo, el filósofo Oswald Spengler es “protofascista”, o el padre Wilhelm Schmidt un “fascista de la orientación de Franco y Mussolini”. En este sentido, la genealogía de Gingrich parece menos ecuánime que el clásico balance de Robert Heine-Geldern (*One Hundred Years of Ethnological Theory in the German-Speaking Countries: Some Milestones*). Gingrich se explaya sobre la histórica marginalidad de la

antropología germanófona, que a su juicio no se debe solamente a la lengua alemana; la persistencia de ideas rectoras legadas por Humboldt o Herder (la oposición entre *Naturvölker* o “pueblos naturales” y *Kulturvölker* o “pueblos culturales”); la fundación de museos coloniales; la proximidad entre antropología y geografía -basta pensar en la “antropogeografía” de Ratzel- o el ascenso del “difusionismo” y la teoría de los *Kulturkeise* (círculos culturales). Claramente la obra de Adolf Bastian no despierta las simpatías de Gingrich, que la juzga “asistemática y opaca”, con un “estilo de escritura incomprensible y su preocupación autocrática y excesiva por la recolección en lugar de la sistematización y la teorización” (120). En algún punto este juicio de valor conduce a formulaciones injustas (“para el antievolucionista Bastian, los pueblos exóticos tenían poca cultura o ninguna en absoluto y carecían de historia...”, 117). Algo similar sucede con Wilhelm Schmidt, acusado por Gingrich de “fascista” (143), aunque pocas páginas más adelante él mismo documenta diferencias inconciliables entre el apóstol del monoteísmo primordial y el nacionalsocialismo (144, 150, 155). Por otra parte, entre aquellos autores que gozan del beneplácito de Gingrich figuran los “positivistas moderados”, de raigambre bastianiana no obstante, que tan decisivos serían para el americanismo (Max Schmidt, Theodor Koch-Grünberg, Karl von den Steinen), o aquellas otras figuras que cultivaron las relaciones entre marxismo y etnología: hay que pensar aquí tanto en las obras seminales del propio Marx (que leyó a Morgan) y Rosa Luxemburgo (que además leyó a Maine, Westermarck y Max Weber), como también en los posteriores Heinrich Cunow, Paul Kirchoff o el hidráulico Karl Wittfogel. A la hora de analizar el ascenso del nacionalsocialismo y su influencia en la academia, las mejores páginas de Gingrich distinguen resueltamente entre los autores que resistieron la locura de la época (los bastianianos, los marxistas, los miembros del Instituto *Anthropos* que emigran a Suiza), aquellos otros que fueron víctimas de persecuciones (A. D. Jensen, Marianne Schmidl, Leonhard Adam) y finalmente los colaboracionistas (Fritz Krause, Eugen Fischer, Richard Thurnwald, Walter Krickeberg, Wilhelm Mühlmann). La tercera parte del libro, a cargo de Robert Parkin, trata la historia de la antropología

francesa, mucho más conocida para nosotros por la enorme variedad de sus divulgadores. Parkin describe los precursores de la etnología (Montesquieu, Comte y Rousseau); la perdurable influencia -epistemológica y política- del grupo durkheimiano congregado en torno del *Année Sociologique* (Mauss, Hubert, Granet, Hertz, Halbwachs); los estudiosos heterodoxos (Lévy-Bruhl, Leenhardt, van Gennep); las inestables relaciones entre la academia, los museos y las instituciones científicas; la profesionalización de la disciplina en las figuras de Rivet, Griaule, Leiris, Leroi-Gourhan, Métraux, Bastide o Dumont; obvia, acaso inexorablemente, el credo estructuralista de Claude Lévi-Strauss, a esta altura del partido tan glosado como la Biblia misma; el *momentum* más modesto de “los hermanos Marx” (Terray, Meillasoux, Godelier), como los llamaba Clastres; de la filosofía de Merleau-Ponty, Derrida, Foucault, Barthes o Deleuze, o bien de los desarrollos actuales de Augé, Hérítier, Sperber o Bourdieu. Buen conocedor de la obra de Robert Hertz y Louis Dumont, Parkin ofrece algunas ideas sugestivas (p. ej. las continuidades entre Durkheim y gurús actuales como Bourdieu, Derrida o Foucault, 217, 297-303). A veces, no obstante, las ideas son más sorprendentes: la tesis de Meillasoux de que el parentesco no tiene importancia material en las sociedades cazadoras-recolectoras (281), la opinión de Christopher Johnson de que Lévi-Strauss es “anticartesiano” y “carente de personalidad” (271), la caracterización del efímero Collège de Sociologie de Bataille, Caillois y Leiris como “fuertemente antifascista” (261), o la exageración de la afinidad entre Lévi-Strauss y Dumézil (“Al igual que para Lévi-Strauss, el mito fue importante para Dumézil, pero las tríadas conceptuales reemplazan las dicotomías de Lévi-Strauss...”, 252), cuando las funciones dumézilianas y las oposiciones del maestro del estructuralismo son abstracciones de órdenes muy distintos. En algún punto Parkin llega incluso a formular sentencias erróneas, como cuando afirma que Pierre Clastres “desarrolló una perspectiva de las sociedades amerindias libres de conflicto” (296-297).

En la cuarta y última parte, Sydel Silverman cuenta la historia de la antropología estadounidense. Digo “cuenta” porque el tono de Silverman es más personalizado que el del resto de los autores

y no teme la reminiscencia autobiográfica o aun el chisme: rememora las míticas antipatías entre Kroeber y Boas (329), las desventuras de las secretarías-discípulas de “Papa Franz” Boas, que jamás lograban acceder a un puesto (pp. 331-332), o a Ralph Linton jactándose de haber matado a R. Benedict por medio de brujerías (335). Silverman destaca la persistente cuatripartición institucional del campo antropológico norteamericano en subdisciplinas (antropología cultural, antropología biológica, lingüística y arqueología); el recurrente “complejo de inferioridad” frente al legado cultural europeo; el ideal boasiano de la antropología de rescate y sus diversas interpretaciones; la división -nuevamente heredada de Stocking- entre boasianos “estrictos” (Lowie, Herskovits, Goldenweiser), boasianos “rebeldes” (Kroeber, Sapir, Radin) y boasianos “evolucionados” (Mead, Benedict); la polémica entre formalismo y sustantivismo; los coqueteos sucesivos o antagónicos de la academia antropológica con la sociología (Eggan, Tax), la psicología (Mead, Kardiner, Dubois), la ecología (Steward, White, Harris) o el marxismo (Mintz, Wolf); el énfasis formalista en las bases de datos (Murdock) o las etnociencias (Goodenough, Pike, Lounsbury); el auge de los estudios comunitarios o rurales (Redfield, Mintz); la controvertida relación entre la antropología y la guerra (p. ej. la conformación de los *Human Relations Area Files* o los estudios de “carácter nacional” como *El Crisantemo y la espada* de Ruth Benedict), y posteriormente las modas simbolistas, postmodernas, feministas y postestructuralistas.

Señalé al principio que es preciso disociar el contenido del libro de la presente edición, cuya calidad deja mucho que desear. No hablo meramente del estilo. El lector encontrará un sinfín de errores ortográficos o de tipeo: “mangum opus” (39), “isla gran Adamán” (40), “pagolín” (71), “L’etatactuel” (230), “kshratiyas” (305), “mueso” (322), “Patern” (333), “Berkly”, “Berkely” (354), etc. Hay, asimismo, una cantidad inverosímil de nombres mal escritos: “Frith” por Firth (61), “Koch-Griimberg” por Koch-Grünberg (127,

132), “Kpper” por Koppers (182), “Rauconnet” por Fauconnet (228), “Bougie” por Bouglé (228, 245, 246), “Maus” por Mauss (241), “Lyotar” por Lyotard (312), “Benedit” por Benedict (332), “Dell Humes” por Dell Hymes (354), “Pritt-Rivers” por Pitt-Rivers (372). En algunos casos figuran mal tanto el nombre como el apellido: p. ej. “Abran Kardinei” (Abram Kardiner) (336). En otros, directamente, se opta por cambiar el nombre: p. ej. “Edgard Shils” en vez de Edward Shils (355). También se reinventan títulos de libros, como el clásico de Ruth Benedict, rebautizado “*Patterns and culture*” o “Patrones y cultura” (366). No faltan los errores de concordancia (“No obstante, la tesis que escribió en base a los materiales que recolectó le valieron un puesto en Trinity en 1908”, 41). Hay también neologismos cacofónicos (“diversitaria”, 17) o bien cuestionables por su carácter técnico: “matrilíneo” por matrilíneo (22, 106), “dravidico” por dravidiano (305). Por más adagio italiano que se invoque, finalmente, la traducción revela elecciones insólitas: *Homo Hierarchicus* de Dumont es un “relato antropológico” (304), *Man the Hunter* es “Perseguir al cazador” (352) y la idea de derroche en Bataille es vertida como “defense” en lugar de *dépense* (260). No son los errores más graves. En ocasiones el sentido del texto se ha invertido por completo: “El poder de la teoría del linaje para extraer su objeto de la complejidad de la vida social y presentar un grupo generalizable de caracterizaciones de grupos parecía resultar *cada vez menos cuestionable*” (57). El original de Parkin dice: “The power of lineage theory to extract its object from the compexity of social life and to deliver a generalizable set of characterizations of groups *seemed increasingly questionable*” (37, resaltados nuestros). Podría extenderse la lista de desatinos. Pero Barth, Parkin, Silverman y Gingrich son inocentes. Quien quiera leer este libro hará bien en conseguir el original o su traducción a cualquier otro idioma. Por su interés intrínseco, pero también por su potencial pedagógico, es una lástima que la publicación en castellano de una obra tan importante quede desvirtuada por semejante edición.